

Entre tanto espesas nubes cubrían el cielo, vívidos relámpagos surcaban el cielo, retumbaba el trueno á lo léjos, aullaban las bestias feroces y graznaban las aves carnívoras revoloteando en torno de los cadáveres. Los hijos de Mahoma, vencidos por los soldados de la Cruz, huían dispersos por entre el bosque.

De repente abre Clotilde los ojos y ve junto á sí á un guerrero cristiano que contempla á Edgardo.

—¡Hugol! ¡hermano miol! exclama ella y constriñele entre sus brazos...

V.

La desdichada Clotilde Devereux, protegida por su hermano que habia ido á la Tierra santa en busca de Edgardo para vengar la honra de su hermana, expió en un monasterio sus extravíos.

ORIGEN

DE LOS HIMNOS SAGRADOS.

La mayor parte de los himnos que se cantan en las iglesias en los diversos tiempos del año, son de una fecha muy antigua, y el origen de varios de ellos es ignorado.

El tedéum se sabe que es obra de san Ambrosio: á este santo y docto doctor se atribuye tambien el *O lux beata Trinitas!*

El *Lauda Sion salvatorem* fué compuesto por santo Tomás de Aquino.

La *Salve Regina* le atribuyen unos á Ademaro de Monteil, obispo de Puy en Auvernia, jefe espiritual de la primera cruzada, y otros la creen obra del papa Inocencio III: las últimas palabras de este cántico, es decir, *O clemens! o pia! o dulcis virgo Maria!* fueron aumentadas por san Bernardo.

El *Alma Redemptoris mater* fué compuesto por Herman Contractur, beneditino.

El *Vexilla regis* es muy antiguo y se cantaba en tiempo de las cruzadas, pero parece que no ha llegado á saberse quién fué su autor.

El cántico *Regina cali*, que la Iglesia repite en la pascua, fué legado á los fieles por el papa Gregorio el Grande, quien le escribió á consecuencia de una vision milagrosa, segun la crónica.

El papa Inocencio III tambien es autor del *Veni, Sanctus Spiritus!*

A Boccio se atribuye el himno para la fiesta de san Pedro y san Pablo.

Los HIMNOS del breviario de Paris se deben casi todos á la pluma del canénigo Santeuil: son de una latinidad elegante, pero con frecuencia se trasluce en ellos la presuncion y están cargados de antítesis.

LOS OJOS.

En los ojos es donde mas particularmente reside el poder de la fisonomía. Los principales escollos que hay que evitar en este punto es desde luego el no mantenerlos cerrados, no arrugar ni mover las cejas de continuo. Es menester cuidar de no dejar á los ojos andar de un lugar á otro ó de conservarlos siempre fijos en un mismo objeto. El que tuviera siempre fijas é inmóviles las miradas, produciría el mismo efecto que si volviera la espalda á sus auditores. Si por acaso tuviéreis los ojos pequeños, sin pestañas y con ribetes encarnados, gastad anteojos azules: se toleran los malos ojos, pero los feos son ridículos.

USO DE JOYAS.

Las señoras de buen gusto rara vez usan JOYAS por la mañana, y cuando lo hacen se ciñen á dijes de oro ú otras prendas que tienen piedras opacas. Los adornos con piedras brillantes no son propios para el traje de por la mañana.

UNA HISTORIA DE ABUELITA.

Por madama Stolz.

VAMOS á ver, Julita, sé franca: dime, Gustavo no es de tu gusto, ¿no es verdad? ¿No es cierto que no le quieres para marido?

—Mamá grande, ya se lo dije á usted esta mañana; ¡mejor quisiera yo quedarme para vestir santos que no casarme con él!

—¡Ah! ¡esas son palabras mayores! Y ¿quieres decirme en qué ha podido disgustarte tanto el pobre Gustavo? ¿Qué pero le pones? Háblame con confianza, pues yo comprendo todo, como que tambien tuve mis quince.

—Ya lo considero, mamá grande. Pero vea usted... ya que usted quiere que le hable con franqueza... me parece que cuando uno tiene ochenta años ya no puede uno tener las impresiones que á los diez y siete... ¡buena diferencia!

—¡Es verdad, hija! Con todo, te aseguro que yo por mi parte no he perdido la memoria y que me acuerdo muy bien de mis tiempos de cuando jóven y de mis impresiones, como tú dices, ¡pues yo tambien tenia entonces "mis impresiones!"

—¿De veras? —De lo cual resulta que te conozco mucho mejor de lo que te lo imaginas... Vamos, ¿á que sé por qué no te confronta Gustavo?

—¡Vaya! —Escucha: voy á decirte tus quejas contra Gustavo. Tiene treinta años, luego

es demasiado viejo; gusta del campo, luego es de genio triste; es afecto á la caza, luego es fastidioso; no es un petimetre, no te hace muchos chicleos, luego es insufrible... y por otra parte, hija mia, no quieres á Gustavo porque te imaginas que amas á Arturo.

—¿Yo? —¡Ah! ¡cómo te abochornas!... vamos, no me lo quieras negar.

—¡Pues sí, mamá!... ¡no tengo yo la culpa! ¡es cosa que no está en mí remediar!

—¿No está en tí remediarlo? ¡Muy bien! ahí están "mis impresiones" de cuando jóven... Lo mismísimo pasó por mí. Ahora que eres grande, Julia, voy á contarte mi historia.

—¿Su historia de usted, mamá grande? ¡Ah, qué gusto!

—Tendria yo tu edad, cuando sus mercedes mis padres me propusieron por esposo á tu abuelo, el cual era un jóven de buena cara, que unia principios sólidos á los finos modales de aquel tiempo: mi familia le tenia mucha estimacion.

La primera vez que me hablaron de él bajé los ojos y me inundé en llanto. Mi padre tomó esto por niñada é hizo ánimo de dilatar algunos meses mi casamiento: nunca habria yo tenido valor para confesarle el verdadero motivo de mi renuencia.

Tenia yo una amiga de pocos mas años que yo: llamábase Antonia y era una se-

ñorita de muy buen exterior, pero con mil tonterías en la cabeza, las cuales eran el fruto de las novelas frívolas que habia leído.

Esta jóven habia sabido cobrar mucho ascendiente en mí, que era muy sencilla y de sumo candor. Hacíame en términos retumbantes magníficos relatos de las aventuras que habia leído, cuidando de agregarle sus propias majaderías, las cuales habrian podido componer solas un volumen bastante grande, y yo creia tan ciegamente cuanto ella me decia, que en poco tiempo llegué á verme en estado de no comprender ya la vida verdadera. Todo me parecia mezquino: los quehaceres domésticos me parecian ridiculos y no me cabia en la cabeza pue pudiese uno encerrarse en el círculo tan reducido del matrimonio en compañía de una alma "vulgar" como Antonia decia. Necesitaba yo una felicidad ideal de que no alcanzaba yo á ver nada que me ofreciese una imágen, pero que todos los dias se ataviaba con colores mas alegres, merced á las inspiraciones de la poética Antonia.

Entre tanto mi padre habia topado uno de sus antiguos amigos, un buen hidalgo de provincia, á quien un asunto importante detenia de paso en Paris. Este amigo le habia presentado y dado á conocer su sobrino, jóven á la moda, el cual bailaba á las mil maravillas y charlaba muy bien. Una cara bastante bonita, un peinado *irreprochable*, un traje *remarcable* por su originalidad y buen gusto, tal era el notable personaje que debia de hacerme derramar las primeras lágrimas.

Llamábase el vizconde de Neufcastel¹.

—¡Qué! ¿ese mismo señor viejo de aquella narizota... aquella peluca amarilla... que no sabe decir nada amable y que busca siempre el sillón mas grande para

¹ Castillo (*castel*) nuevo (*neuf*).

echarse mas presto á roncar cuando viene á ver á usted?

—Hija mia, ¡qué mal le tratas!... ¡acuérdate siquiera de que le he amado!

—¿A ese hombre? pues ¿cómo podia gustar á nadie ni aun de jóven? Sin talento, sin benevolencia, me parece que nunca en su vida ha podido tener nada que llamara la atencion.

—Discúlpame, hija. Tenia él una casaca *pescuezo de paloma* como se usaba entonces, lo que, entre paréntesis, era muy bonito, y que abrazándole todo el talle le hacia un cuerpo muy airoso; de mas á mas se menecaba al caminar, lo que no carecia de gracia; estaba peinado con una *griega* admirablemente empolvada y despedia un olor fuerte de almizcle y ámbar; luego tambien empleaba términos nuevos entonces para expresar extrañas ideas sobre todas las cosas, lo que le daba para mí un mérito especial, una superioridad decidida sobre los demás hombres.

A los diez y siete años se deja uno alucinar fácilmente: me atreví á lisonjearme de haber llamado la atencion del vizconde, hablé de ello á la romanesca Antonia y esta me aseguró que positivamente me amaba él.

Desde luego púseme á no pensar mas que en mi delicioso caballero: cuando hablaba me enajenaba su facilidad en expresarse, y cuando callaba me pasmaba su prodigioso tino. Aquel jóven vino á ser para mí el modelo del verdadero hidalgo y antojóseme adornarle de todas las virtudes que acompañan á toda bella alma: esta ilusion mia se mantenía merced á que visitando él muy poco á mi padre, no habia medio de tratarle y conocerle á fondo.

Como habia yo tenido la imprudencia de no declararme con mi madre, sucedió necesariamente que mi cabeza se exaltó y que me creí de buena fe enamorada del

vizconde. De ahí mil sueños disparatados, mil proyectos imposibles de abnegacion y desprendimiento.

En esto estaba mi novela, cuando, segun te lo decia yo poco antes, mis padres me propusieron por esposo tu abuelo, lo cual me habia hecho llorar.

Mi madre, como mujer prudente, no atropelló las cosas: contentóse con apartar á Antonia de mí, pues aunque ya tarde habia conocido el influjo peligroso de la amiga, y al cabo de unos cuantos meses me propuso de nuevo el enlace con M. de Vaudreuil.

No tenia nada sobresaliente este novio: no era mas que pura y simplemente un hombre honrado, un militar valiente, estimado de cuantos le conocian. Tenia yo en perspectiva un buen marido, conexiones honrosas, una fortuna sólida; pero nada era todo esto comparado con la deliciosa charla del vizconde, con su casaca *pescuezo de paloma* y con su *griega* que su lacayo de él enrizaba y empolvaba con la última perfeccion.

Mi madre me manifestó en aquella circunstancia tanto cariño y tanta indulgencia que al fin le abrí mi pecho, suplicándole encarecidamente que no me sacrificara. Sonrióse ella cuando me oyó pintarle á M. de Neufcastel como se lo habia forjado mi imaginacion.

"Hija de mi vida, díjome, no creas que tu padre y yo pudiéramos nunca tener la idea de *sacrificarte*: tu felicidad la estimamos en mas que nuestra propia vida; solo que tenemos la experiencia que á tí te falta y sabemos que el partido que te presentamos es no solamente adecuado, sino aun digno de ser admitido."

Estas palabras de mi madre no me abrieron completamente los ojos; pero viéndome dócil á sus consejos, quiso tomarse la molestia de ponerme en estado de cono-

cer mas al soberano de mis pensamientos.

Desde luego ya no se trató al vizconde con cumplimiento, y como mi padre tenia influjo en la corte, la esperanza de su proteccion hizo á M. de Neufcastel mas y mas asiduo.

Con esto tuve ocasion de considerarle á mi sabor y de oír el concepto que de él hacian en las tertulias que habia en mi casa.

Mis hermanos y mis primos, ignorantes de mis ilusiones, nos contaban riéndose con todas sus ganas las proezas del vizconde, y por ellos supe que él gastaba el tiempo en jugar y en beber con calaveras de su ralea. No teniendo bastante dinero para cumplirse sus frívolos gustos, pedía prestado á cuantos podia: era ligero, fatuo, ignorante; en una palabra tenia todos los defectos de los hombres de calidad, sin una sola de sus prendas.

Cuando ví llover sobre él de todas partes un desprecio unánime, me sentí avergonzada de haber podido disponer tan torpemente de la preferencia que toda jóven debe guardar con el mayor esmero para el esposo que le destinan sus padres.

Era tan bondadosa mi madre, que no tuvo reparo en condolerse de mí; pero mi padre que gustaba de chanzas me dijo que me aconsejaba me uniese yo con M. de Vaudreuil sin perjuicio de mandarle hacer una casaca *pescuezo de paloma* tan elegante como la de M. de Neufcastel.

Obedecí sin pena á mis buenos padres, pues desde que mi héroe se habia encomendado de *despoetizarse* á sí propio, habia yo sabido hacer á M. de Vaudreuil la justicia que se merecia, y no sentia yo para con él la menor repugnancia.

Celebróse nuestro casamiento con mucha pompa, y á poco M. de Neufcastel se desposó con una viuda de mas años que él; pero muy rica.

La revolucion vino á destroz ar los co-razones. Nosotros emigramos y quiso la casualidad que en el suelo extranjero encontráramos al señor y á la señora de Neufcastel. Ambos se hallaban tan pobres como la mayor parte de los emigrados, con la otra circunstancia de ser muy dignos de compasion por no poder conformarse con la desgracia el carácter ligero del vizconde. Colocado fuera de su lugar, volvió á ser lo que habia antes sido, y siendo muy corto su valor intrínseco, tuvo pocas relaciones y ningunas amistades.

De regreso á Francia enviudó: luego le cayeron las dolencias de una vejez prematura. Entonces encontró en mi marido, no diré que un amigo, pero á lo menos sí un recurso contra el aislamiento, y desde que tuve la desgracia de perder á tu abuelo me he constituido en obligacion de seguir ofreciendo al pobre anciano aquello de que carece todo hombre que está solo en el mundo... un lado junto á la chimenea y compañía.

¡Oh! de seguro no se imagina él que me ha hecho cavilar y llorar en este mundo. Yo misma no suelo acordarme de ello sin asombrarme.

—¡Es tan tonto, tan fastidioso!

—¡Pues bien, Julia; ahí donde le ves ha estado á pique de hacerme resistir á los deseos de mi familia! Y así es como puede perder uno la cabeza y trasformar á una criatura muy ordinaria en un personaje de novela. ¿Qué te parece?

No chistaba Julia: tan solo bajaba los ojos, sin remedio estaba sin saber qué hacer ó decir.

—Vamos, vamos, dijo la abuela, ¡punto concluido! No te volveré á hablar una palabra de mi querido Gustavo, que es el mejor muchacho que yo conozca. Quiero que te tomes tiempo para pensar. Consiente no mas en estudiar de cerca el ca-

rácter de Arturo: yo te daré parte de mis observaciones y después me dirás tú misma si el jóven ese es digno de tu eleccion, y si tu corazon se ha decidido de veras por él ó si no es mas bien un error de tu imaginacion.

—Haré cuanto usted guste, mamá.

Dijo esto la bella nieta suspirando y como con pena.

A los tres meses habia una fiesta casera entre la familia de madama de Vaudreuil.

Un notario tomaba los dichos á Julia, y ella con firme y entera voz respondia á las preguntas que aquel le hacia. Un jóven serio y reposado se mantenía junto á ella: nada sobresaliente se veía en el jóven, pero Julia y su abuela tenían confianza en él.

En un rincon de la chimenea se veía á un anciano de ochenta y cuatro años, de mirar muerto y descoloridos labios: cuando no estaba durmiendo se estaba sin chistar una palabra, sentado allí en aquel sitio, por la fuerza de la costumbre.

Un elegante cabricoleaba al rededor del salon, atusándose el bigote, mirando todo al soslayo, é irguiéndose: veíale Julia con frialdad.

—¿En qué estás pensando? díjole en voz baja su abuela.

—Mamá, contestó en voz mas baja la linda novia, quisiera yo saber si M. de Neufcastel se parecia á M. Arturo el dia en que fué firmado el contrato de usted.

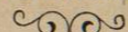
—¡Pintiparado, hija mia!... ¡sin mas diferencia que el traje!... ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque estaba yo pensando que M. Arturo pudiera muy bien parecerse algun dia á M. de Neufcastel.

—Es probable, hija mia, y te doy la enhorabuena por haber tenido tú la complacencia, por mis consejos, de consentir en juzgarle de cerca.

(Traducido para la Semana.)

CHARADA.



Con ocho letras no mas,
Amable lectora mia,
Ya verás qué algarabía,
Si examinas hallarás.

Solo en las primeras tres,
El nombre verás marcado
De un vicio que practicado,
En el nombre pecar es.

Si á las cinco que han quedado
Mi lectora quitar sabe
La segunda, hallará un ave
Que es manjar muy delicado.

Y de mi completo nombre
Sin primera, quinta y sexta,
Fea accion es que le cuesta
Tortura muy larga al hombre.

Mas sin andar por las ramas,
Con las ocho jugueteando,
Muy fácil irás formando
Los siguientes anagramas.

Un habitante del mar
A quien teme el navegante;
Lo que solo hace un infante
Por su defensa al lidiar.

Es una santa además
A quien la iglesia venera;
Un príncipe que hoy impera
En todo el orbe quizás.

Una enfermedad fatal
Que á las señoras desvela;
Un accesorio en la escuela,
A los niños esencial.

Cosa en las minas forzosa;
Un pueblo de Michoacan;
Pieza que la Malibran
Cantó con voz melodiosa.

Tambien de la música es,
Sí, de cuerda un instrumento;
Otro además es de viento
Que á los chicos da interés.

De una ópera ciertamente
Buena parte has de sacar;

Y el agua que ves pasar
Si en el borde estás presente.

Nombre es de objeto querido
Para todos en la tierra,
Por él se promueve guerra
Y la sangre se ha vertido.

Es animal de la caza,
Aunque no domesticado;
Vicio generalizado
Que por elegante pasa.

Es, muchos hombres armados;
Yerba usada en alimento;
Lo que en triste monumento
Suele arder por los finados.

Cosa en el altar precisa
Y para Dios consagrada;
Lo que á un zapatero agrada
Manejar con mucha prisa.

Es lo que debes hallar
En animal gordo ó flaco;
Igualmente del zodiaco
Un signo puedes formar.

Lo que en las tiendas se vende
Para todos necesario;
Objeto en la imprenta vario
Y muy esencial, se entiende.

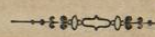
En Francia ¡gran dignidad,
Soberbio título es!
Dictador romano, pues,
Y hermano de tu papá.

Acaba, en fin, de buscar:
El todo solo contiene
Un PUEBLO, que te conviene
Por último descifrar.

Mas me parece cansada,
Y molestarte no quiero:
Así, lectora, yo espero
Disimules mi charada.

J. M. PANTOJA.

La solucion en el número siguiente.



EXPLICACION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:

TABACO.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.



TINTA DE VIOLETA.

Mójese un pincel de piel de camello en cualquier ácido fuerte como el espíritu de vitriolo; pásese por el papel á seco, escribase encima con una pluma mojada en zumo de VIOLETA. La letra tendrá un encarnado hermoso.

Si se escribe simplemente con zumo de VIOLETA, la letra sacará un hermoso azul tirando á VIOLETA.

Frotando un papel con un pincel de caballo mojado en cualquiera sal alcalina, tal como la sal de ajeno, disuelta en agua, y escribiendo por encima, ya que está seco, con zumo de VIOLETA, se tendrá una letra de un hermoso color verde.

Escribiendo con zumo de VIOLETA por encima de una tintura de acero, se tendrá una letra negra.

Escribiéndose con zumo de VIOLETA y pasándose de un lado de lo escrito un poco de espíritu de vitriolo, y del otro lado un poco de espíritu de cuerno de ciervo, ó sal de ajeno, disuelta la última en agua, se tendrá encarnado y verde, lo cual expuesto al fuego dará una letra amarilla.

Escribiéndose sobre papel con zumo de limon ó de cebolla, y dejándose secar lo escrito, permanecerá invisible y aparecerá acercándose al fuego.

En general mientras mas se envejece lo escrito con estas sustancias, mas hermoso se pone el color.

PANECILLOS FRANCESES.

Tómese una onza de mantequilla y revuélquese en una libra de harina, méz-

clase un huevo batido, un poco de jiste ó levadura que no esté amarga y tanta cantidad de leche cuanta baste para hacer una masa que tenga un cuerpo regular; bátese bien, pero no se amase; déjesele crecer y cuézase en hojas de lata.

PARA

PRESERVAR DE LOS INSECTOS LAS PIELES.

Tómese un poquito de sublimado corrosivo (soliman), debilítese deshaciéndose en mucha agua y lávese con esta agua lo interior de las pieles. El creosote gotado en papel secante y envuelto por dentro y al rededor de las pieles, tambien las liberta de los insectos, pero despide un olor tan nauseabundo, que es preferible el otro remedio.

LECHECILLAS

Ó MOLLEJAS DE TERNERA.

Para hacerlas en cualquier guiso deben prepararse sancochándolas y poniéndolas después en agua fria: esto las pone mas blancas, mas macizas y jugosas. Para asarlas, méchense y pónganse al horno con mantequilla y salsa de setas (hongos comestibles).

PARA DESTRUIR LAS MOSCAS.

Dos dracmas de extracto de cañafistula desháganse en medio cuartillo de agua hirviendo, agréguese una poca de azúcar ó jarabe y póngase esta mixtura en unos platos. Las moscas, que son muy afectas á este alimento, no dejarán de ahogarse al querer tomarle.

ULTIMAS

MODAS DE PARIS.



DEJA, amable lectora mia, que Fortun diga que se han democratizado las pasiones, y que hay quien se recrea en infamar la memoria de Galileo para moralizar al pueblo; deja á Fortun trinar contra el congreso, tildándole de venal, contra el presente siglo, calificándole de vano, contra el amor al cual apellida él *sensualismo*, contra la religion, contra el entusiasmo, contra la patria, cosas que "no imprimen su sabor á las letras," contra el algo de *metalizacion* que todo tiene hoy, contra las adivinanzas que "estaban relegadas antaño á recrear á los niños," contra la division de sílabas que *tiene lugar* en las charadas, contra todos esos acertijos en suma, llamados enigmas, logogrifos, etc., que ocupan inocentemente, lectora mia, tus horas de ocio y cuya adivinacion te distrae gratamente; deja á Fortun ensangrentarse contra tí y contra tus preciosas compañeras, llamando á la mujer "conjunto de orgullo, de devocion, de interés, etc.;" déjale olvidarse en su atrabiliario rebato de que el amor, hoy lo mismo que antaño es y ha sido el germen de las mas singulares virtudes, la causa de innumerables acciones generosas y nobles; déjale, ¡oh! déjale que á su sabor ultraje sin motivo ni justicia lo mas delicado y exquisito de la creacion, que amancille á la mujer, por la cual y para la cual

alienta, á la cual debe las primeras inspiraciones del sentimiento mas puro que es capaz de abrigar el pobre corazon humano, el amor maternal, á la cual rinde toda alma sensible homenaje y adoraciones.

Y mientras el desdichado Fortun se desespera, y en tanto que el españolado ilustrador de tus compatriotas, asido al estandarte monárquico, critiquiza, con sus síncopas por apócopos, su *lo bárbaro*, sus construcciones disparatadas, su ortografía, puntuacion y prosodia absurdas y sus erradas reglas, el habla, los usos, todo en fin lo de tu patria (y la suya); tú y yo, amable lectora mia, empleemos este rato de ocio en hablar de las modas de Paris.

Desde luego veamos este traje de paseo. Compónese de un sombrero de tul, blonda y tafetan, de un vestido de tafetan *armadura* (*armure*), cuyo talle ascendente, abierto por delante, tiene en la orilla dos guarniciones, á manera de vueltas, recortadas y estampadas casi sin amplitud: la guarnicion superior llega á confundirse con la inferior á las dos terceras partes del delantero, el corpiño es de punta redonda por delante y la guarnicion va hasta abajo, la manga hasta los dos tercios del brazo y rematada por dos *volantes* pequeños recortados y estampados abajo. La enagua de tres *volantes*, cada uno de los cuales, un poco plegado ya, está guarne-

cido por abajo de dos volantitos estampados. La pañoleta (*fichu*) consta de dos valencianas al cuello y de alechugados de muselina, y el manguillo, rematado por una valencianilla, se compone de ahuevados de muselina disminuyendo hácia el brazo.

Pasemos á esa jovencilla. Los cabellos dispuestos en bandas forman un ahuevado por abajo que se levanta bien, las puntas van á reunirse debajo del nudo, los cabellos de detrás forman una rosca con un liston de terciopelo cuyas dos puntas caen para atrás. El vestido es de tafetan escocés con la enagua muy amplia. Chaquetita de muselina bordada, guarnecida de bandas bordadas y festonadas: es abierta, cuadrada por delante con cinco bandas por guarnicion. La pechera es de tul plegado con puntilla en la orilla.

Concluyamos. El niño tiene una gorrita á la Carlos IX, de terciopelo negro, con una pluma negra de un lado, la cual está bien enrollada y sale de un alechugado de liston de raso negro. Sobretodo de terciopelo negro, sin costura el talle, ajustado al pecho y cerrados con botoncitos de azabache: mangas cortas con botones. Túnica de papelina escocesa negra y encarnada, y la cual está muy plegada como la cota de un escocés. Medias escocesas. Polainas negras con botones de azabache. Cuello montado sobre de puño: las guarniciones de los manguillos y del pantalón son de bordado inglés.

Hasta otra vez, amable lectora. Ama; adivina y compon acertijos, riete del moralista y del filólogo consabidos y ruega á Dios que te libre de ellos.—X.

QUISICOSA.

(Remitida para la Semana.)

Gorgonio José de la Cruz Chipilpingo, criado sirviente de la parroquia de Cuernavaca, fué despachado á Méjico para comprar cuatro cuartillos de aceite para

la lámpara; tomó la ánfora en que habia de llevarle y emprendió su camino. En él, fatigado por la fuerza del calor y cansancio, se encontraba sin ánimo de continuar su marcha. Repentinamente se acuerda de que su hermano Zacarías Santos le habia comunicado que para ese día tenia dispuesto su casamiento en san Angel, pueblo de la residencia de este. Aprovechando la ocasion de pasar cerca del citado pueblo, y por otra parte animado del deseo y curiosidad de conocer á la compañera inseparable de su hermano y nueva hermana suya, sigue con prontitud el camino dirigiéndose á san Angel. Muy aplaudida fué por los novios y demás numerosísima concurrencia la bien venida del señor don Gorgonio. Con los aplausos olvida este su comision y pasa el día ocupado como todos en celebrar la boda. Al partir de allí le encargan tambien cuatro cuartillos de aceite: llega á Méjico, compra los ocho cuartillos, y regresa al lugar de su partida. En el camino advierte que por la precipitacion con que se marchó olvidó traer otra ánfora para el aceite del otro dueño, y temeroso del maltrato que acostumbraba dar su tio Bárbaro Malagüero, entra á la primera casa que encuentra, y suplica le presten una medida para separar los cuatro cuartillos á cada dueño. "Amigo mio, le respondió el que allí vivia, solo esas medidas de tres y cinco cuartillos son las que tengo; haced la division si gustais." Toma las medidas Gorgonio, y con ellas, sin el auxilio de otro trasto y sin valerse de cálculo, separa los cuatro cuartillos con tanta exactitud, que medidos después con una medida de cuartillo, nada sobra ni falta á los cuatro que habia medido. Se pregunta, ¿cómo haria la separacion con las medidas de tres y cinco cuartillos?

MANUELA SEDANO DE FLORES.

BORDADO.



I.

ESQUINA PARA PAÑUELO.

MATERIALES. Hilo francés de algodón propio para bordar, ó seda de color. Cósase por encima de las líneas, con puntada al pasado realzada.

